

Ac. esp. II-211 Dupl

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

GÉNERO BIOGRÁFICO  
Y CONOCIMIENTO  
ANTROPOLÓGICO

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 15 DE JUNIO  
DE 1986, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON JULIO CARO BAROJA

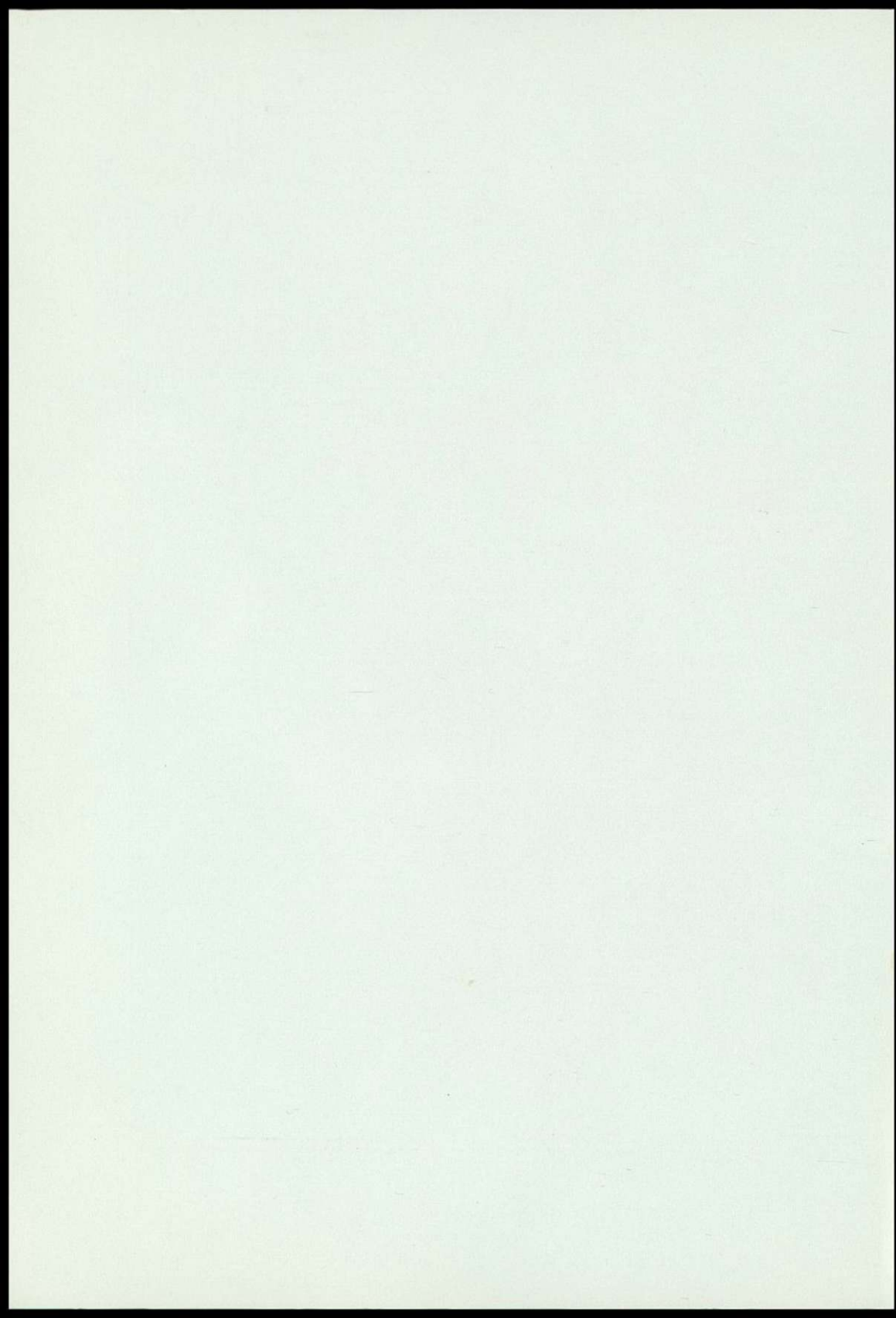
Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON MANUEL ALVAR LÓPEZ



MADRID

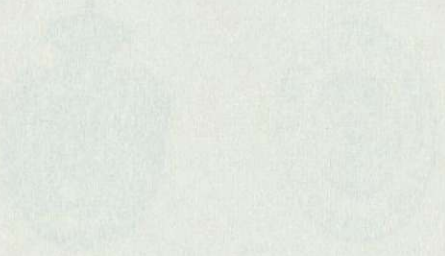
1986



R. 6097

GÉNERO BIOGRÁFICO  
Y CONOCIMIENTO  
ANTROPOLÓGICO

GÉNERO BIOGRÁFICO  
Y CONOCIMIENTO  
ANTROPOLÓGICO



ANTHROPOLOGIA  
Y CONOCIMIENTO  
GABRIEL RIVERA

R.60997

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# GÉNERO BIOGRÁFICO Y CONOCIMIENTO ANTROPOLÓGICO

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 15 DE JUNIO  
DE 1986, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL  
EXCMO. SR. DON JULIO CARO BAROJA  
Y CONTESTACIÓN DEL  
EXCMO. SR. DON MANUEL ALVAR LÓPEZ



MADRID

1986

REVISTA DE ANTHROPOLOGIA Y GEOGRAFIA

GÉNERO GEOGRÁFICO  
Y CONOCIMIENTO  
ANTROPOLÓGICO

REVISTA DE ANTHROPOLOGIA Y GEOGRAFIA  
DE LA SOCIEDAD DE ANTHROPOLOGIA Y GEOGRAFIA DE ESPAÑA  
FUNDADA EN 1908 POR JULIO CARO BAROJA  
Y SEGUINDO SU LEGADO  
DIRIGIDA POR DON MANUEL ALVARO LÓPEZ

© JULIO CARO BAROJA  
Edita: Caro Raggio, Editor  
Alfonso XII, 52. Tel. 239 04 15 - 28014-Madrid  
I.S.B.N.: 84-7035-084-6  
Depósito legal: M. 14.387 - 1986  
Imprime: Tordesillas, O. G.  
Sierra de Monchique, 25  
28018-Madrid

DISCURSO  
DEL  
EXCELENTÍSIMO SEÑOR  
DON JULIO CARO BAROJA

DISCERN

DE

EXPERIMENTAL SERIES

DOE LINDO CARD BAROLA

DOE LINDO CARD BAROLA  
EXPERIMENTAL SERIES  
DE  
DISCERN



Señores Académicos:

Pocas veces un acto decisivo como éste en la vida pública de cualquiera habrá estado precedido de tantas y tan largas horas de cavilación como las que he pasado, durante las cuales luchaban en mi conciencia sentimientos y pensamientos encontrados. Porque las fuerzas unidas de la amistad y de la gratitud se veían en choque con la idea de que había cometido alguna desmesura y de que no estuve centrado durante el proceso de la elección. Pasaron las zozobras personales y llegó la hora de expresar mi agradecimiento sin reservas. También la de cumplir el precepto académico de evocar la figura de mi antecesor inmediato, en el lugar que ahora vengo a ocupar.

## I

Sólo de modo muy superficial conocí a don Guillermo Díaz-Plaja, mientras que he tenido trato regular y amistoso con su hermano, don Fernando. Algunas de las obras del primero llegaron, sin embargo, muy pronto a mis manos, como, por ejemplo, la que

dedicó al Romanticismo español. También, más tarde, su estudio sobre Valle-Inclán y alguna antología me han sido familiares. Díaz-Plaja perteneció a un grupo generacional algo mayor que el mío (nació en 1909), grupo que empezó a bullir ya antes de la catástrofe del 36. La guerra, de consecuencias largas, marcó su destino, como el de casi todos los españoles. Esto no quiere decir que Díaz-Plaja fuera objeto de persecuciones (que ahora parece que resultan rentables) ni de nada por el estilo. Su vida pública y oficial estuvo marcada por el éxito, como se puede advertir en el mismo anuario de la Academia, en que su nombre aparece como miembro activo de ella: el de 1984. Recibió muchos honores, no sólo en España, sino también fuera, y en un momento aparece como una especie de embajador de las letras españolas en Europa y América. Dedicó también gran parte de sus esfuerzos a la enseñanza y sus libros de texto tuvieron gran difusión. Acaso, dentro de su labor de crítico, la empresa más noble que debe reconocérsele es aquella que don José García Nieto resalta en su necrología del *Boletín...* de esta misma Academia, correspondiente a los meses de enero-abril de 1985<sup>1</sup>: la de su esfuerzo en pro de la comprensión mutua entre pueblos, razas y culturas. Díaz-Plaja fue, como ya se puede intuir por lo que va dicho, un hombre muy activo, laborioso y tenaz. Parte de su trabajo queda un poco en la penumbra porque lo consagró a tareas periodísticas. Si no recuerdo mal, fue asiduo colaborador de *Arriba*, y en aquel diario informaba a veces de temas que no parecían casar, en principio, con la ideología del mismo diario. Creo, en general, buen principio, cuando de crítica se trata, el valorar aquello de lo que el crítico habla con cariño y agrado (que se ve que le gusta

por razones estéticas) y tener mucho menos en cuenta lo que en sus escritos resulta negativo, y más si se trata de ideas políticas y religiosas. En relación con la crítica de Díaz-Plaja pienso que su caso confirma mi regla, aunque he de reconocer, aun llevando adelante sus aplicaciones, que mis gustos no coincidían siempre con los suyos, ni con los de otros hombres de su generación: pero este asunto es puramente personal y no hay por qué insistir sobre él ahora. Díaz-Plaja representa muy bien a bastantes intelectuales de su edad, aunque tenía ciertos rasgos muy individuales. Uno era, por ejemplo, el de su vinculación tanto a Barcelona como a Madrid, ciudades a las que se ha hecho vivir de modo antagónico, por muy absurdo que esto nos parezca a algunos. Tenía, así, «doble domicilio» no sólo material sino también espiritual. Nueva prueba de su dinamismo.

Frente a mi antecesor, que ingresó en esta Academia el 28 de mayo de 1967, antes de cumplir los sesenta años, me siento ahora algo cohibido por muchas razones, y entre otras la de la edad. Nunca he tenido prisa para llegar a ningún sitio: esto hace que acaso me retarde siempre más de la cuenta y que, hoy, con los setenta años pasados, crea que no podré realizar lo que la Academia tendría derecho a pedirme.

Dijo Voltaire en el artículo sobre las academias de su diccionario filosófico<sup>2</sup>, que son a las universidades lo que la edad madura es a la infancia y lo que el arte de bien hablar a la gramática. Parece, pues, que el llegar a ellas es un gran ascenso. Pero hay infancias e infancias y maduresces y maduresces. Algunas ya no son, precisamente, maduresces, sino vejezes paladinas. El ingresar en una Academia durante la última parte

de la vida, no es lo mismo que hacerlo diez, veinte o treinta años antes. Porque lo que se puede ofrecer es poco. Tal es mi caso.

Las vacilaciones y tanteos han empezado incluso al pensar en el tema de este discurso de ingreso. Porque, por no estar seguro de nada, empiezo por no saber bien la razón fundamental que me ha traído aquí. Si vengo como historiador, como antropólogo o como lingüista, aunque esto último sólo lo he sido «in partibus». La duda misma me ha llevado a razonar en general acerca de la clasificación de los conocimientos y el resultado se refleja en lo que sigue.

## II

La necesidad de clasificar es tan antigua como la Ciencia misma, e incluso anterior. Todo lenguaje implica una amplia clasificación de cosas. Pero resulta que aun en ciencia esto de la taxonomía o de la «taxinomia» (como parece que es más correcto escribir), es decir, la teoría de las clasificaciones, puede dar mucho que hacer, como ya dio en tiempos remotos. Por lo menos desde la época en que un poeta cómico griego describió a los discípulos de Platón en clase de Historia Natural, separando animales de plantas, llevando a cabo luego ordenación de especies vegetales..., hasta llegar a la clasificación de las calabazas. En este momento crítico, mientras que los más cautos pensaban y callaban, hubo uno que afirmó, de modo rotundo, que la calabaza era un «vegetal circular»; un segundo sostuvo, a su vez, que se trataba de una «hier-

ba», y un tercero, más audaz sin duda, llegó a la conclusión de que era una «especie arbórea». Pausa. Cierro médico siciliano, que asistía a la clase, se permitió burlas ásperas sobre lo dicho: pero el viejo, sabio y benévolo maestro indicó a los muchachos que comenzaran otra vez el ejercicio clasificatorio y ellos obedecieron<sup>3</sup>. Epícrates, que es el poeta que nos cuenta esto, no nos dijo el resultado del nuevo esfuerzo. O si lo dijo no lo transmitió el que ha conservado este precioso fragmento. El caso es que hay que clasificar y que esto, en Botánica, ha llegado a ser mucho más seguro que en otras ciencias, no se diga en saberes de los que se dice que no «merecen» el nombre de científicos.

Por otra parte, siempre queda la duda de si la clasificación es tan importante como parece a algunos, que confunden la Ciencia con la Asignatura y que clasifican, sí, pero de modo tosco, y sacan de ello consecuencias excesivas, según el juicio de otros.

Esto viene ahora a cuento de que si tuviera que clasificar lo que he escrito en mi vida no sabría cómo hacerlo y preferiría no lanzarme a afirmaciones, que podrían ser tan arriesgadas como las que hacían los jóvenes platónicos ante la calabaza. ¿Entra esto dentro de la Historia? ¿Es más bien Antropología? ¿O, en realidad, queda en el reino de la Nada? Pudiera ser. En todo caso, periódicamente, necesito revisar las herramientas con las que he venido trabajando desde hace muchos años. Porque estas herramientas siguen siendo las antiguas o anteriores a las creadas en una edad que, hombres avisados, ya a mediados de este siglo, decían que era aquella en que la Técnica dominaba todas las actividades del hombre, en la que la

Velocidad lo quebrantaba todo, o lo sometía a nuevos ritmos: en que la Administración entraba en cátedras y laboratorios y en que, en consecuencia, nada podía realizarse sin un Secretariado abundante. Sí, aquí están los bancos de datos, las computadoras, los mecanismos informáticos, los secretarios y las secretarías. ¿Qué se puede hacer hoy, con solas cuartillas y un lápiz, sobre una mesa y sentado en modesta silla? Parece que poco: o algo que recuerda a la vieja Artesanía. Otro motivo de cavilación. Porque a lo mejor lo que hace uno no es ni Historia, ni Antropología. Tampoco Nada. Sí talabartería o encaje de bolillos. Arrancando, así, de la época artesanal y de una situación que podría llamarse asimismo preindustrial, sigo razonando.

Voy a recurrir ahora al recuerdo del pensamiento presocrático, con objeto de obtener algunas luces. En esto me dejaré guiar por grandes filósofos contemporáneos, que han hecho lo mismo. Sólo que en vez de arrancar del pensamiento de los llamados, con mayor o menor razón, «físicos», arrancaré del de los sofistas, que, en nuestros días, son objeto de mayor comprensión que en otros tiempos.

Los historiadores de la Filosofía discuten todavía la sentencia fundamental del sistema de Protágoras: si «homo mensura tenet» hay que referirlo al hombre *individualmente* considerado, o si se refiere al hombre como *ser específico*, o ser humano, con caracteres comunes a todo el género, o —por último— si se debe creer que el sofista pensaba ante todo en el hombre como *ser social*; en cuyo caso Protágoras habría sido una especie de sociólogo relativista, o precursor de los que hoy lo son<sup>4</sup>. Es evidente que Protágoras creía en la fuerza de la educación y en el efecto de las leyes

benéficas sobre un hombre básicamente desvalido e indefenso. Pero esto no quita para que reconociera también la pluralidad de las representaciones... en cada hombre y en cada sociedad. El relativismo protagórico iría, así, por fuerza, más allá que el de los sociólogos que estudian las representaciones sociales o colectivas «únicamente», y nosotros hoy no sólo tenemos que estudiar como historiadores, sino también como antropólogos, las distintas medidas, propias de cada hombre, y las contradicciones que cada hombre o grupo de hombres puede presentar frente a otro u otros: en una misma Sociedad, con esto que se dice ser una misma Cultura.

Pero con frecuencia, también, nos encontramos con investigadores que confunden la medida, con lo que miden. Estos son los más antiprotagóricos que cabe imaginar, porque creen que su medida es la única y que sobre un tema no cabe más que aceptar su tesis o sentar plaza de no enterado, inculto o torpe. Admito que hay medidas y tesis que preconizan que son excelentes: ¿Pero serán las únicas buenas? Primer problema: el de los criterios de medida. Veamos ahora cuál es el segundo, siguiendo por la misma vía.

La otra idea cardinal de Protágoras combatida de modo duro por Sócrates y Platón al parecer, la de que sobre cualquier tema se pueden mantener con igual valor y eficacia dos tesis contrarias, nos lleva también a un ámbito dialéctico en el que los hombres se han movido de modo constante, con perdón de los que defienden la existencia de una Moral absoluta y de los que actúan de modo todavía más seguro: es decir, los que afirman que los pueblos tienen sus tipos

de Moral propia, con caracteres homogéneos, permanentes y también absolutos.

Podemos aceptar que hay una «Moral estoica», «epicúrea», «cristiana» o «utilitaria» que corresponden a un sistema determinado, a un modelo, mejor dicho. Pero esto no es lo mismo que las reglas (o faltas de reglas) morales de tal o cual pueblo, aunque se llama cristiano o de otro modo y que presupone la observancia de esa u otra Moral. Porque incluso desde un punto de vista especulativo se dan tesis encontradas al interpretar un sistema Moral, como el cristiano, e incluso el católico, según se ve leyendo la historia de las controversias entre laxistas y rigoristas, etc.

Crear que hoy día puede progresar el conocimiento antropológico de los pueblos europeos y limitarnos a seguir unos cuantos criterios para «medirlos» y describirlos bien, me parece erróneo. Por ejemplo, no puedo aceptar que con investigaciones de las llamadas «sincrónicas», en una «pequeña comunidad», se llegue a los resultados a que se dice que se llega, como última palabra de la Antropología social. Entre otras razones porque a veces, según dicta la experiencia, algún flamante investigador de campo de esta tendencia ha descubierto que en su pequeña comunidad funcionan cosas tales como el Derecho Administrativo de una nación, el Derecho Foral de una región entera..., o la fe en el Martirologio romano. Yo no dudo de que investigaciones semejantes sean necesarias. Admiro muchas de las que he leído. Pero lo que me niego a aceptar es que sean las que nos dan la única pauta «antropológica» a seguir. Y creo también que en este ámbito antropológico en el que el hombre tiene la medida, las alternativas de interpretación de la sentencia de



Protágoras, que dividen a los historiadores de la Filosofía, son todas válidas. Consideremos, sí, al hombre como ser social. También como especie. También como individuo con caracteres irreductibles. Y todo tendrá sentido antropológico: tanto desde el punto de vista de la Antropología cultural, como desde el de la social. Porque no nos vamos a engañar. ¿Es más riguroso tomar como unidad de investigación en el espacio una pequeña comunidad que otra *mayor* o a un individuo *aislado*? ¿Por qué? ¿Es determinable un sistema de funciones absolutamente sincrónico? ¿Por qué no probar con otras unidades de Tiempo y de Espacio y por qué no estudiar efectos que no sean precisamente funcionales, en el sentido casi beatífico que la palabra ha tenido para algunos? Varias veces he hecho estas preguntas... y no se me ha respondido.

Una unidad de *ser* y de *tiempo* que deja poco lugar a dudas es la que da la vida de un hombre: o si se quiere, nuestra propia vida. También puede considerarse como unidad de espacio. Pero ello no quiere decir, contra lo que algunos sociólogos podrían pretender, que dentro de esas dos unidades de la vida no caben más que unas cuantas imágenes colectivas de Espacio y de Tiempo. Se nos ha hablado de cosas tales como «la imagen del mundo» (*Weltbild*)<sup>5</sup> del hombre primitivo, así, en conjunto: o de varias imágenes propias de varias sociedades primitivas. También se nos han descrito cosas tales como la imagen del mundo de «los griegos» o de los hombres del Renacimiento. Pero éstas no pasan de ser unas caracterizaciones gruesas, con su poco de tosquedad popular, unos esquemas que hacen resaltar algunos rasgos. Nada más. Lo primero que podemos hacer para probarlo y

desconfiar de pinturas semejantes, es observarnos a nosotros mismos, y en este intento de probar la utilidad de la biografía como elemento fundamental en la investigación antropológica, también se pueden arrancar, como preconizaba Kant, de lo más cercano: de uno mismo.

### III

Con esto entro en materia. Lo que va expuesto a continuación es el resumen de una actividad larga, que empezó sin propósito de sacar de ella teorías generales, coherentes, sistemáticas.

Pero como pasa muchas veces con el trabajo, es que al repetirse la misma actividad, al dar una y otra vez forma a investigaciones parecidas, se empieza a ver, tras lo particular, algo de interés general. Esto no quiere decir que lo que ahora voy a exponer, acaso de modo demasiado seco, tenga el carácter de las investigaciones científicas. Habrá, sin duda, en las palabras que siguen, algo de confidencial, reflexiones que arrancan de puras experiencias personales, apreciaciones subjetivas si se quiere, apoyadas más en razonamientos propios que en métodos generalizados. Estas reflexiones, sin embargo, también tienen soporte en la aceptación de pensamientos de hombres superiores, que me han dado las primeras pautas a seguir, concretamente en el asunto de la conexión de la biografía con el conocimiento antropológico en general.

La enorme acumulación de datos antropológicos que hoy existe puede producir la sensación de que sa-

bemos mucho más que nuestros antepasados sobre el hombre. Pero ya filósofos de la primera mitad de este siglo, como Max Scheler<sup>6</sup> y Heidegger<sup>7</sup>, creían que nunca se ha sabido tanto como ahora acerca de los hombres en detalle, pero que, también, nunca se ha sabido menos del hombre como tal hombre. Pueden buscarse varias causas a esta situación. Especialización prematura, dogmatismos de escuela, falta de preparación filosófica, cierto «progresismo» mal entendido, etc. Pero, además, acaso se ha partido de un error básico, del que quiero tratar recordando en principio cómo Kant, ya anciano, dio un esquema memorable de lo que él creía que debía ser la «Antropología» y que este esquema dejó una huella insignificante, a pesar de lo sólido y bien meditado que estaba. Y en este análisis de conciencia profesional he de indicar también que el hecho me parece que ha tenido consecuencias funestas. Kant pensaba, en primer lugar, que el hombre, al pretender conocerse a sí mismo, debe empezar desde *dentro*, para luego procurar conocer a los hombres que tiene más cerca y después, ya, a los que ocupan posiciones más lejanas<sup>8</sup>.

Los antropólogos del siglo XIX procedieron en sentido casi inverso: es decir, que procuraron aclarar primero lo concerniente al genio y figura de hombres lejanos y primitivos, proceder que tenía su explicación, pero que trajo no pocos errores. Kant, por otro lado, nos señaló una serie de fuentes para el conocimiento antropológico, que luego tampoco fueron utilizadas como tales, de modo riguroso, por los antropólogos y que, sin embargo, hay razones para considerar esenciales. Porque, dejando aparte la Historia, como tal, que contra la opinión de algunos profesionales del día

consideraba materia de la que el antropólogo puede y debe sacar provecho, Kant sostenía que también eran fuentes fundamentales los relatos o libros de viajes, la novela, el teatro y la *biografía*<sup>9</sup>. Hay que reconocer que, de los libros de viajes, los antropólogos de gabinete del siglo XIX sacaron casi toda la sustancia para fundamentar sus teorías. De las otras tres fuentes sólo de modo parcial usaron alguna vez: en casos de textos clásicos griegos y latinos y poco más.

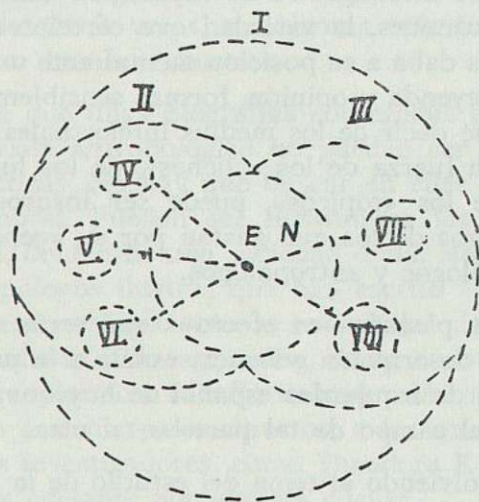
Dejemos ahora la novela a un lado.

Teatro y biografía han dado lugar a la reflexión constante de historiadores y críticos. También en nuestra época de sociólogos, psicólogos y médicos. Pero escasean, como digo, las meditaciones antropológicas propiamente dichas acerca de su significado. Personalmente puedo afirmar, sin embargo, que durante décadas han sido objeto de mi atención no sólo como historiador. Sobre todo la biografía. Por eso, ahora, me he decidido a tratar el tema de «Género biográfico y conocimiento antropológico» empezando, precisamente, desde *dentro*.

#### IV

En la vida de cualquiera de nosotros es claro que confluyen una cantidad de elementos complejos desde los puntos de vista cultural y social. Si yo pienso en mí mismo veo, por ejemplo, que mi círculo familiar de la niñez y juventud era algo con contornos definidos pero no coherente del todo, puesto que en él había desde personas muy creyentes a personas hos-

tiles al Catolicismo. Este círculo estaba dentro de otro con límites más difusos: de un lado, el Madrid de un barrio de la primera mitad del siglo xx, con notas plásticas y de otra clase claras y distintas. Y dentro de este círculo madrileño, en mi infancia podía distinguir, con claridad, el de las amistades intelectuales, artísticas y literarias de mi propia familia, del de los obreros que trabajaban en la imprenta de mi padre y del de los centros de Educación a que asistí. Pero esto no era todo. Fuera del círculo madrileño, mi familia estaba vinculada a un pueblo de la zona septentrional de Navarra y en él me veía inmerso en otro u otros círculos: uno estrecho, hostil, dogmático, tradicionalista. Otro campesino, más misterioso y atractivo para mí. La representación de mi propia vida en círculos podría ser la que sigue:



El primero, mayor espacialmente, sería España. El segundo, Madrid. El tercero, el pueblo de Vera. Den-

tro de Madrid, otros tres: el familiar, en su relación con círculos intelectuales, el educativo y el de la sociedad obrera. El familiar, con relación al pueblo, también expresado en dos círculos o ciclos distintos. ¿Pero cómo medir la calidad y la intensidad de las influencias? La contradicción empieza dentro del círculo más importante, que es el familiar. Se repite en los otros. Se ve el sujeto (yo mismo en este caso) sometido a un «sí, pero no» constante. ¿Cómo después de esta experiencia vital voy a creer en ciertas recetas sociológicas y antropológicas que se han dado como buenas para hacer descripciones exactas y coherentes de lo que son los hombres en una sociedad dada, y menos si se aplican al mundo que conozco? <sup>10</sup>. Porque aun tratándose del círculo más cerrado de los enumerados, el de los campesinos que cabrían ser considerados como el objeto de investigación antropológica más ajustado a ciertos cánones, la variedad que ofrecían las vidas de aquéllos daba a su posición mental ante una misma creencia, leyenda u opinión, formas sensiblemente distintas. ¡Qué decir de los medios intelectuales! Aunque en éstos la fuerza de los «clichés», de los lugares comunes, de los «tópicos», puede ser insospechada y darles rasgos de los que gustan por su «generalidad» a los sociólogos y antropólogos.

A veces pienso —en efecto— que sería más fácil hacer una descripción genérica, exacta a la par, de un intelectual de izquierdas español de hoy que la de un hombre del campo de tal parte o tal otra.

Pero, volviendo al tema del estudio de la biografía como parte esencial del conocimiento antropológico, conviene que ahora echemos una rápida ojeada al género o géneros biográficos, para ver qué modelos o

ejemplos nos pueden servir como punto de arranque por lo menos y cuáles parece que deben ser considerados menos útiles a nuestro fin.

## V

Desde el momento en que por vez primera se crea un determinado género, el biográfico, se da la tendencia a fijar modelos de hombres: ejemplares los unos y execrables los otros. Ilustres por sus acciones o abominables, según las tornas. En todo caso, ejemplaridad y biografía van unidas, como también se une a la narración biográfica la del *modelo* y el *paralelismo*. Un paralelismo que, en ocasiones, lo determina la simple profesión o actividad del hombre o de la mujer biografiados. Otras veces, semejanzas más sutiles entre héroes u hombres ilustres.

Claro es que unas biografías concebidas desde un punto de vista antropológico no pueden ser apologéticas ni críticas. No hay que buscar en ellas la ejemplaridad moral. Pueden ser ilustrativas las de tipo profesional, dentro de una sociedad dada. No han faltado antropólogos ilustres que han escrito biografías de individuos pertenecientes a sociedades de las llamadas primitivas. En este orden, como en otros muchos, hay que destacar la influencia ejercida por Franz Boas sobre sus discípulos directos, a los que han seguido otros investigadores, como Theodora Kroeber<sup>11</sup>. Pero vamos adelante por nuestra cuenta.

Podríamos establecer una división fundamental entre biografías y biografías, colocando a un lado las que

se ajustan más a un modelo, en grados diferentes. Es decir, que la investigación nos puede dar varias dimensiones del vivir en una misma sociedad. Algunas, opuestas en absoluto. Otras, dando una «versión» o variante de lo mismo.

Las que se ajustan más a un modelo son las que han interesado más a algunos antropólogos. En cambio, las de hombres discrepantes, rebeldes o disidentes han excitado la curiosidad de literatos y poetas<sup>12</sup>. Pero claro es que, a veces, las han cargado de elementos imaginados de una manera que llega a lo folletinesco o superficial.

La tendencia a dar una imagen «típica» del hombre bueno o del hombre malo es tan antigua como la de caracterizar por anécdotas, inventadas y que «sirven» para hacer popularmente inteligible no sólo los caracteres individuales, sino también los sistemas, las doctrinas de los filósofos famosos o de otros personajes.

Así, por ejemplo, la anécdota acerca de la hidropesía de Heráclito se forma sobre la consideración de su sistema físico<sup>13</sup>; las relativas a la capacidad de Demócrito en punto a entender el lenguaje de los pájaros, expresan la fama de su sabiduría y aluden, en algo, a su teoría del lenguaje<sup>14</sup>. En algunos casos es fácil observar lo que la anécdota tiene de imaginado y transmitido, en otros no lo es tanto. Pero casi siempre, cuando topamos con un elemento biográfico que parece banal o trivial, puede sospecharse que detrás hay una anécdota. También cuando el elemento satírico se expresa fuerte y cuando, por lo contrario, impera un tono absolutamente apologético. Pero, en cualquier caso, la biografía será un elemento de juicio esencial para entender una época y una sociedad. Así



lo consideraron los griegos desde un momento muy antiguo y fueron perfilando el concepto y el género hasta que, en una fase tardía ya, se acuña la palabra βιογραφία<sup>15</sup>. En todo caso, el género es muy anterior, como lo es también la idea de escribir vidas («vitae») para los latinos, que puede arrancar de distintos intereses particulares: elogios fúnebres, apologías, memorias, ataques...<sup>16</sup>.

Claro es que estos intereses, que se repiten en el tiempo, no pueden ser los que guíen hoy al antropólogo en su empresa, si se mete a biógrafo. Lo que debe buscar es ver la inserción de un hombre, o una mujer, en un grupo y determinar cómo se efectúa esa inserción, dejando supuestas «leyes» o «reglas» generales aparte. Porque pienso que, en proporción considerable, las ciencias antropológicas y sociológicas pecan en exceso de confiadas con respecto a la seguridad que dan en que las instituciones, las creencias, los ritos, regulan la «sociedad» y las vidas humanas de una manera parecida a como actúan ciertas leyes físico-matemáticas. En realidad, nada funciona así: al menos en las sociedades que yo he podido estudiar en mi mundo circundante, en el pasado y en la actualidad. Sobre lo que ocurre entre los australianos, bosquimanos, polinesios, etc., no puedo opinar porque carezco de experiencia propia. De nómadas y africanos del Norte sí podría pensar algo personal<sup>17</sup>: que, por supuesto, no está tampoco en la línea ortodoxa. Pero quiero tratar de cosas y casos más cercanos.

## VI

Hace muchos años escribí un artículo en que trataba de ciertas individualidades con que me encontré en mis primeras andanzas de etnógrafo en el pueblo familiar, Vera de Bidasoa, allá por los años de 1934-1935. Resultaba que, por entonces, un vecino mío, que debía haber nacido hacia 1860, producía en el barrio comentarios burlescos, no exentos a veces de inquietud, porque manifestaba tener una creencia absoluta en la posibilidad de que determinados hombres volaran, cambiaran su forma por la de un animal, hablaran con los animales mismos y demostraran poseer poderes que atribuía a cierta fuerza misteriosa («indarra») que otros hombres no tenían. Este septuagenario soltero, mal alimentado, que vivía con su única hermana en un caserío sombrío, chocaba, como digo, al vecindario. Pero los vecinos mayores podían saber que las historias que contaba no eran muy diferentes a las que ellos habían oído, más en otros tiempos que en el que corría, no sólo como tradiciones o consejas, sino como sucedidos, como cosas que *se decía* que habían ocurrido en el caserío tal, junto al arroyo cual, a la dueña de la casa esta o al molinero de aquel molino. Unos sonreían ante los «se dice» con escepticismo. Otros se preguntaban qué había de verdad en este cúmulo de relatos. Otro vecino mío más cercano me preguntaba, a veces, qué opinaba yo sobre lo que se contaba acerca del rey Salomón y sus perros o el cura cazador, y era uno de los que más preocupados se manifestaban al pensar en historias de este tipo<sup>18</sup>. Pro-

bablemente en las sociedades rurales ha habido siempre escépticos y hombres más dados a la incredulidad que otros: como también ha habido los extremadamente asustadizos y crédulos. Pero de las posiciones individuales ante un grupo de ideas o un cuerpo de doctrina que se considera «común» sabemos poco y los folkloristas no han sido los más interesados en estudiarlos. Tampoco los sociólogos. ¿De qué contexto *real* se han arrancado cuentos, mitos, leyendas, etc.? ¿Cómo eran los llamados «informantes»? De ellos, la mayoría de los textos de Folklore no dicen nada. Los informantes son todos iguales. Gran fallo.

Otro océano para bucear en el mundo de la conciencia individual, en sociedades que se han considerado muy homogéneas, es el de los archivos inquisitoriales, que ahora está tan de moda estudiar por razones diversas.

Personalmente, también hace años (y cuando la carne de inquisidor, de bruja, de morisco o de judaizante no tenía tanto favor en el mercado como hoy), hice algunos sondeos en tales archivos de los que salió un libro de contenido bastante sistemático sobre los judíos y conversos y otro que titulé *Vidas mágicas e Inquisición*<sup>19</sup>.

En el primero podía verse cómo entre los conversos que vivieron en España amenazados o perseguidos por aquel Tribunal, la gama de «personalidades» fue extraordinaria. Porque desde el que seguía teniendo una fe estrecha en la religión de Israel y la profesaba de modo críptico (como podía), al hombre sin fe alguna, o al teórico del Ateísmo, había una serie de tipos humanos que mantenían posiciones intermedias,

oscilantes, vacilantes o cambiantes: también radicales, por último. Esto en los siglos XVI y XVII y contra toda idea de «homogeneidad ideológica social absoluta». ¿Qué decir, por otro lado, acerca de la posición de hombres y mujeres ante prácticas variadas en el campo de la Magia, de las artes adivinatorias y los sistemas astrológicos? ¿Podrá haber alguien todavía que, con relación a la *sociedad española* o a cualquier otra, sea capaz de decirnos que era tan homogénea como se decía hace cien años, en un sentido único de Fe y de Creencia, para bien o para mal? Ya no podemos confundir la existencia de ciertos ideales, aunque los expusieran grandes figuras de las Letras, con la de una aceptación *total* de ellos. Tampoco podemos pensar en cosas tales como «el hombre del Renacimiento» o «el español del siglo XVI» y su «imagen del mundo», sino en los hombres, los españoles, los que creen, los que no, los que vacilan y los que cambian. Los que están al día y los que no lo están. No se trata de combatir todo lo que se ha hecho hasta hoy y negar valor a investigaciones clásicas, sino de estudiar con un poco más de sutileza el nexo entre el individuo y su mundo circundante. Porque, en primer término, claro es que hay hombres representativos de los ideales y de la Cultura de una época en lo que ésta tenga de más oficialmente establecido, por persuasión o por coacción estatal o de otro tipo: pero hombres semejantes no son tampoco tan iguales entre sí como podría creerse. Un ejemplo puede ser el de don Esteban de Garibay, al que también he dedicado un largo estudio. Garibay fue un «conformista» absoluto, un letrado al servicio del trono y del Altar, un súbdito fiel de Carlos I y de Felipe II: un historiador general de España desde sus orígenes. Pero Garibay fue también vasco y amó a su

tierra vehementemente. Tuvo curiosidades particulares que no podían tener otros grandes defensores de sus mismos ideales, nacidos en Castilla o Andalucía. En su caso hay dos *inserciones* del individuo en dos contextos sociales y culturales: el primero le da a Garibay lengua, costumbres y curiosidad por una sociedad particular, cerrada. El segundo es el general, que remedando el título de una historia de su época, podría llamarse «imperial y cesáreo»<sup>20</sup>. A mucha gente de hoy semejantes *dobles inserciones* les podrán parecer incomprensibles..., pero han de partir de la idea de que esto es debido a su propia escasez de información y de comprensión histórica. En otros casos, la biografía nos sirve para profundizar en las consecuencias de cierto «arcaísmo» individual. Antes me referí al casero de Vera de Bidasoa que resultaba extraño para sus vecinos a causa de sus ideas. Ahora quisiera indicar cómo, a mi juicio, una figura histórica considerada también patológica por su violencia, me refiero a Lope de Aguirre, puede explicarse en gran parte por un pensamiento que le lleva a acciones tremendas, lo que constituye un arcaísmo mental de su época. Yo considero que Lope de Aguirre, en pleno siglo XVI y con Felipe II al frente del Imperio español, actuaba con arreglo al pensamiento de los banderizos vascos de un siglo antes. Su «inserción» en el presente fallaba<sup>21</sup>. Así, pues, la biografía nos da retratos y perfiles individuales. Pero también nos dice mucho respecto a la sociedad o sociedades en que vive la persona biografiada, y no de lo que comúnmente se encuentra en textos escritos por historiadores con preocupaciones sociológicas y antropológicas. Hay hombres «representativos» que no son, precisamente, aquellos de los que hablan los moralistas o los que han dibujado los que

han trazado retratos de «caracteres», en la línea de Teofrasto, que siguió La Bruyère<sup>22</sup>. Son hombres representativos del choque entre creencias, culturas, sociedades y estados, y a veces no necesitan ser famosos para darnos colmada esta dimensión de representatividad. En otro libro que he publicado en 1981 he trazado la silueta de algunos. Por ejemplo, la del morisco granadino López, que termina siendo agente de Riche-lieu, gran negociante en joyas y antigüedades y que deja familia católica en París<sup>23</sup>. Otros casos, como el de Bartolomé Febos, reflejan encontrados intereses económicos y religiosos<sup>24</sup>. Sobre ellos gravita algo colectivo, lo no individual, en el sentido que le daba Durkheim. Pero los individuos adoptan, como pueden, una actitud propia ante lo que la sociedad pretende imponer o impone a muchos. Aun en los mismos casos en que parece que un fuerte sistema coercitivo actúa de modo imperioso hemos de estudiar una casuística muy variada, casos distintos y aun contrarios<sup>25</sup>.

## VII

Una determinada escuela sociológica puede sostener, y de hecho lo ha sostenido, utilizando sobre todo información acerca de las sociedades primitivas, que los sistemas o formas de la vida religiosa no son más que el reflejo de la estructura social. Esto ha sido discutido por otras escuelas.

Hace ya mucho que Franz Boas preconizó el estudio de culturas y sociedades «por dentro», para

ver hasta qué punto las llamadas «representaciones colectivas» tienen sus excepciones y se quiebran y cómo lo que se llama «psicológico» se interfiere de modo continuo al manejarlas. Esto que hace sesenta o cincuenta años hicieron ver, por ejemplo, las investigaciones de Elsie Clews Parsons y otros antropólogos conocidos, nos prevenía (a veces inútilmente) contra un exceso de «sociologismo». Pero, con independencia de las discusiones antropológicas, podemos afirmar, sin duda, que en *nuestro mundo* histórico, las formas de la vida religiosa se presentan con una complejidad extraordinaria, de suerte que un sistema, un cuerpo de creencias, con su parte dogmática, su parte narrativa y sus ritos obligatorios que se fijaron en *tiempos remotos* y en sociedades *distintas* a las que los aceptan luego, es interpretado por los diferentes sectores de la sociedad posterior de modos harto diferenciados. Esto, que he procurado ilustrar también en mi obra acerca de *Las formas complejas de la vida religiosa en la España de los siglos XVI y XVII*<sup>26</sup>, toca asimismo, hasta cierto punto, a lo que es «biográfico». La concepción y la actividad religiosa del labrador —indicaba en aquella obra— son distintas a las del guerrero y el mercader. Por otra parte, el hombre o la mujer metidos de lleno en la iglesia, conciben su vida de formas particulares y ciertas tendencias críticas se dan más en ciertos sectores y profesiones que en otros. La biografía puede servir para ilustrarnos asimismo en punto a esta complejidad. En algunos casos incluso la autobiografía.

Poseemos bastantes autobiografías escritas en lengua española, empezando con la serie que publicó, con un útil estudio preliminar, aquel erudito esforzado que

fue don Manuel Serrano y Sanz<sup>27</sup>. Serrano clasificó en nueve grupos los textos que conocía: 1) autobiografías de reyes; 2) de ministros, políticos y funcionarios públicos; 3) de navegantes y conquistadores; 4) de viajeros; 5) de militares; 6) de aventureros; 7) de oradores y escritores; 8) de clérigos y religiosos; 9) de mujeres. La clasificación era suficiente para lo que se proponía. En otras colecciones publicó varios relatos autobiográficos más, todos de mucho interés, pero poco leídos y comentados por desgracia. En conjunto, dan materia para profundizar no sólo en el estudio de caracteres personales, sino también en el de los comportamientos por profesiones y en la interpretación que los individuos hacen del medio que les circunda.

En general, los que en tiempos antiguos se decidían a escribir su vida lo hacían porque tenían la convicción de que habían sido actores en ocasiones de interés: dejando ahora a un lado las autobiografías de hombres públicos con importancia «oficial», que acaso sean las menos interesantes desde el punto de vista que nos ocupa, hay que advertir que las de navegantes, viajeros y conquistadores pueden relacionarse con la pura literatura de viajes, que Kant consideraba tanto como fuente del conocimiento antropológico, literatura que en España no se ha valorado y estudiado de modo suficiente, salvo en lo que se refiere a América<sup>28</sup>. Otro de los libros que publicó Serrano y Sanz, el viaje a Persia de don García de Silva y Figueroa, embajador de Felipe III, merecía por sí solo un largo estudio<sup>29</sup>. Otro tanto puede decirse del relato del *Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo. 1589 a 1600*<sup>30</sup>, que asimismo



editó Serrano, con un prólogo curioso para el estudio de la que podría llamarse «literatura del cautiverio», que, arrancando de una realidad histórica terrible y obsesiva, produce después en todos los países que «sienten» el problema turco, obras de muy distinto valor y alcance artístico. Porque en España se producen relatos, como este de Diego Galán, que reflejan un estoicismo bastante objetivo, pero también truculentos pliegos de cordel, y relaciones de hombres de Iglesia que procuran resaltar la ferocidad de los infieles y obras teatrales cargadas de pasión, con las de Cervantes (cautivo él mismo) en cabeza. En Italia y Austria, los otros dos países católicos con el «Turco» como enemigo más próximo durante siglos, también se da una curiosa gama literaria: desde la bonita «canzone di pescature» napolitana «Michelemmà», que Salvatore di Giacomo publicó como si fuera de Salvatore Rosa, hasta *El rapto del serrallo* (*Die Entführung aus dem Serail*) que Mozart estrenó en 1782. Fantasía por un lado, realidad histórica por otro: y el hombre vive sometido a ellas de formas muy variadas y obsesionado por algo que luego se esfuma y pierde toda significación: como este «peligro turco» que da lugar a tantos «clichés».

En otras esferas pasa algo parecido. Pocos serán hoy los hombres y mujeres que vivan interesados por las vidas de santos que en los siglos XVI, XVII y XVIII eran la lectura casera más común y corriente, biografías arquetípicas que daban lugar a la creación de personalidades extrañas y variadas, pero movidas siempre por el deseo de alcanzar, ellas también, la santidad y la admiración de los fieles. No disponemos —que yo sepa— de una buena bibliografía especial acerca de las

vidas de hombres y mujeres que aspiraron a semejante santidad en los siglos indicados. Ni siquiera la tenemos de las autobiografías. A la cabeza de éstas habría que poner la de mujeres excepcionales como Santa Teresa; autobiografía que, en sí, es un documento de gran fuerza, porque se la ve en lucha interna contra opiniones y creencias comunes y recibidas en su época, como las de la virtud de los amuletos<sup>31</sup> y de la higa<sup>32</sup>, y acosada por visiones infernales muy materiales y en consonancia con la plástica artística que le podía ser familiar<sup>33</sup>. Sobre este modelo se escribieron sinfín de relatos. Por los cuarenta o cincuenta que he leído, podría sacar la consecuencia de que todos los personajes se procuraron ajustar a principios «arquetípicos» y que lo que fueron les fue dado por el medio cultural en que vivieron. Como opción siempre, claro es, y con variaciones individuales sensibles.

## VIII

Llego al final de mi tarea. No sé si habré expuesto de modo claro la idea que tengo acerca de lo que es el género biográfico en sus variedades, como instrumento de investigación antropológica arrancando de una tesis de Kant. En todo caso, creo que nos da un punto de referencia esencial en la medida del hombre, bien considerado individualmente, bien como ser social e histórico, por lo tanto. La biografía puede proporcionar imágenes coherentes o imágenes contradictorias: porque el hombre como «medida» de sí mismo es coherente por un lado, incoherente y contradictorio por otro. El hombre está en una encrucijada que

es su propia vida. Toda Antropología que se desentienda del hombre en sí, será lo que sea: Sociología, Teoría de la Cultura, una Metodología particular, algo muy respetable dentro de su limitación: pero no Antropología en el sentido más profundo de la palabra.

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the world, and to a discussion of the various theories of the origin of life. The second part is devoted to a detailed account of the history of the world, from the beginning of time to the present day. The third part is devoted to a discussion of the various theories of the origin of life, and to a comparison of the different theories. The fourth part is devoted to a discussion of the various theories of the origin of life, and to a comparison of the different theories. The fifth part is devoted to a discussion of the various theories of the origin of life, and to a comparison of the different theories.

111

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the world, and to a discussion of the various theories of the origin of life. The second part is devoted to a detailed account of the history of the world, from the beginning of time to the present day. The third part is devoted to a discussion of the various theories of the origin of life, and to a comparison of the different theories. The fourth part is devoted to a discussion of the various theories of the origin of life, and to a comparison of the different theories. The fifth part is devoted to a discussion of the various theories of the origin of life, and to a comparison of the different theories.

## NOTAS

ЗАТОН

## NOTAS

- <sup>1</sup> Tomo LXV, pp. 5-12.
- <sup>2</sup> *Dictionnaire philosophique*, I (Kehl, 1785), p. 70. El artículo ocupa las pp. 70-74.
- <sup>3</sup> El fragmento lo da Ateneo, *Deipn.*, II, 59 e-d.
- <sup>4</sup> Diels-Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, II (Dublin-Zürich, 1969), pp. 262-264 (n.º 1). En español, el trabajo de José Barrio Gutiérrez, *Protágoras. Fragmentos y testimonios* (Buenos Aires, 1977), donde se discuten las diferentes tesis a las pp. 18-19.
- <sup>5</sup> Recuérdese el título de la obra de Fritz Graebner, *Das Weltbild der Primitiven. Eine Untersuchung der Urformen weltanschaulichen Denkens bei Naturvölkern* (Munich, 1924). En la época se utilizó mucho la expresión.
- <sup>6</sup> Max Scheler, «La idea del hombre y la Historia», en *Revista de Occidente*, año IV, n.º 41 (noviembre, 1926), pp. 137-181. Del mismo, «El porvenir del hombre», en la misma *Revista de Occidente*, año V, n.º 50 (agosto, 1927), pp. 129-159.
- <sup>7</sup> Heidegger suscribe las críticas en *Kant et le problème de la Méthaphysique* (París, 1953), pp. 263-264.
- <sup>8</sup> Kant, *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*, ed. de Karl Vorländer (Hamburgo, 1980), pp. 3-4 (Prefacio). Este olvido de Kant me hace indicar lo que sigue. Personalmente no creo en el valor científico de la acumulación. En uno de los muchos pasajes profundos que hay en *Poesía y Verdad*, Goethe afirmaba ya, contra lo que pensaban bastantes hombres de su tiempo, que en Ciencia, precisamente, de lo que no se puede hablar es de «camino», de «rutas abiertas» por los grandes

genios, que facilitan el trabajo a los que vienen después. Frente a los defensores del símil, usado hoy también, él sostenía que lo que se da, en realidad, es un estado como el del agua del mar cuando queda desplazada, momentáneamente, por el paso de un navío potente, agua en que se marca un surco fugaz y que se vuelve a unir pronto sin huella de él. En otras palabras: los errores que disipa un espíritu superior reaparecen, de modo natural, desde el momento en que aquel espíritu ha pasado. Goethe, *Dichtung und Wahrheit*, III (Insel, Francfort, 1975), p. 730 (parte III, libro XV).

<sup>9</sup> Kant, *op. cit.*, pp. 5-6 (Prefacio, § 3).

<sup>10</sup> Con una orientación deliberadamente *antropológica* escribí mis memorias, hasta 1957: *Los Baroja (Memorias familiares)* (Madrid, 1972).

<sup>11</sup> Sobre las concepciones y trabajos de Boas a este respecto, Robert H. Lowie, *Historia de la Etnología*, traducción de Paul Kirchhoff (México, 1946), pp. 166-168. De fecha mucho más moderna es la obra de Theodora Kroeber, *Ishi in the two worlds, A Biography of the last wild indian in North America* (Berkeley, Los Angeles, 1969).

<sup>12</sup> Los biógrafos románticos prefieren las vidas extraordinarias. Los moralistas, las ejemplares. Las paralelas requieren más meditación: pero la noción de paralelismo es equívoca.

<sup>13</sup> Sobre Heráclito y las anécdotas biográficas basadas en su doctrina, G. S. Kirk y J. E. Raven, *Los filósofos presocráticos* (Madrid, 1969), p. 260.

<sup>14</sup> Acerca de las leyendas en torno a Demócrito ya escribió algo muy sutil Bayle en su *Dictionnaire historique et critique*, V (París, 1820), p. 458, a. Lo de expresar la sabiduría por el hecho de entender el lenguaje de los pájaros se repite en biografías de «sabios» posteriores.

<sup>15</sup> La palabra «biographia» no es de uso en el griego clásico, aunque se escribieran vidas bien famosas, en forma que ha influido hasta el presente, con las de Plutarco en cabeza. El primer uso se dice que se halla en textos del siglo VI de J.C.

<sup>16</sup> En latín parece que lo más antiguo son elogios fúnebres, luego, como en griego, vidas de hombres ilustres y por profesiones: filósofos, sofistas. Pero también hay memorias o autobiografías, perdidas casi todas por desgracia.

<sup>17</sup> En *Estudios saharianos* (Madrid, 1955), pp. 286-335, di la biografía de «Un santón sahariano y su familia», y en las



pp. 207-210 la «vida» de un anciano en función del nomadismo, con un mapa de desplazamientos (fig. 100).

<sup>18</sup> «Ideas y personas en una población rural», en *Razas, pueblos y linajes* (Madrid, 1957), pp. 292-323.

<sup>19</sup> *Vidas mágicas e Inquisición*, 2 vols. (Madrid, 1967); *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, 3 vols. (Madrid, 1961).

<sup>20</sup> *Los vascos y la Historia a través de Garibay (ensayo de biografía antropológica)* (San Sebastián, 1972). En realidad, el subtítulo debía ser el título.

<sup>21</sup> «Lope de Aguirre traidor», en *El señor inquisidor y otras vidas por oficio* (Madrid, 1968), pp. 65-122. Esta va con otras biografías concretas o abstractas: pero arquetípicas.

<sup>22</sup> Esta pintura de «caracteres» se hace de modo genérico (así el del noble, el supersticioso, etc.); tuvo cultivadores interesantes en España en el siglo XVII, como Juan de Zabaleta. Y en el XIX dio lugar a publicaciones como *Los españoles pintados por sí mismos*, 2 vols. (Madrid, 1843), de muy desigual valor.

<sup>23</sup> «El último Abencerraje», en *Vidas poco paralelas* (Madrid, 1981), pp. 51-68. En este mismo volumen hay otras siluetas trazadas con la misma intención. Puesto a recordar toda mi actividad en el campo de la biografía, haré mención ahora también de las contenidas en *La hora navarra del XVIII (personas, familias, negocios e ideas)* (Pamplona, 1969).

<sup>24</sup> También en *Vidas poco paralelas*, pp. 20-35. Una autobiografía de inmenso interés desde el punto de vista antropológico es la de Uriel de Costa. «Exemplar humanae vitae». Véase, entre las publicaciones más asequibles, *Une vie humaine par Uriel da Costa*, traduit du latin et précédé d'une étude sur l'auteur par A. B. Duff et Pierre Kaan (París, 1926).

<sup>5</sup> Los procesos de la Inquisición expresan esto de una manera horrenda. Pero los casos de Uriel y Spinoza también son expresivos.

<sup>26</sup> *Las formas complejas de la vida religiosa (Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII)* (Madrid, 1978).

<sup>27</sup> *Autobiografías y memorias*, en N.B.A.E., II (Madrid, s.a.).

<sup>28</sup> Sobre esto insistí en *Una imagen del mundo perdida* (Santander, 1979).

<sup>29</sup> *Comentarios de D. García de Silva y Figueroa de la em-*

*bajada que de parte del rey de España don Felipe III hizo al rey Xa Abas de Persia.* Los publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles, 2 vols. (Madrid, 1903 y 1905).

<sup>30</sup> Madrid, 1913, publicación de la misma Sociedad de Bibliófilos Españoles.

<sup>31</sup> *Vida...*, en *Obras de Santa Teresa de Jesús*, I, ed. de Vicente de la Fuente (Madrid, 1881), p. 18 (capítulo V, § I).

<sup>32</sup> *Vida...*, ed. cit., I, pp. 169-170 (capítulo XXIX, §§ 4-5).

<sup>33</sup> *Vida...*, ed. cit., I, pp. 30 (capítulo VII, § 4), 195 (capítulo XXXII, § 2), etc.

DISCURSO  
DEL  
EXCELENTÍSIMO SEÑOR  
DON MANUEL ALVAR LÓPEZ

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

100 EAST EAST

CHICAGO, ILL.

1950

100 EAST EAST

DISCUSSED

BY

DR. ALBERT EINSTEIN

DR. MANUEL ALVAR LOPEZ

Señores Académicos:

Antes de contestar al discurso de don Julio Caro Baroja, permitidme manifestar —muy brevemente— unos sentimientos personales. Hace casi cuarenta años que soy amigo de nuestro nuevo compañero; sólo esto puede justificar la distinción de ser yo quien, en este día solemne, merezca el honor de ser vuestro portavoz. Pienso en esos cuarenta años larguísimos en nuestra corta existencia y, sin embargo, incapaces de haber entibiado los afectos. No quiero pensar que todo haya sido virtud mía, porque Julio Caro Baroja es un hombre de excepción, no por motivos a los que luego aludiré, sino porque ha conseguido que ante él se quiebren las habituales normas de conducta. Le acabamos de escuchar sobre biografías y género antropológico, lo que me permite traer al hilo de estas líneas unas consideraciones que acaso nos hagan meditar. Sebastián Roch, conocido por Nicolás de Chamfort, fue un hombre contradictorio, lo que no tiene demasiado de particular: ingresó en la Academia y escribió un *Discurso contra las Academias*, que los revolucionarios aprovecharon para suprimirlas, y, sin embargo, gustaba de tertulias y salones, porque allí se inspiraba para recoger sus *Pensamientos, máximas y anécdotas*.

Aquel hombre incierto escribió unas líneas que cuadran bien con algo de lo que nuestro compañero ha dicho, y que yo acepto para él: «Hay pocos vicios que impiden al hombre tener muchos amigos; sin embargo, las grandes cualidades pueden dificultarlo.» Este es uno de esos motivos de excepción que yo encuentro en el nuevo académico: tiene no pocos méritos y, sin embargo, cuenta con la devota fidelidad de sus amigos, porque no todo es turbio o salaz en el espíritu del hombre, pues también la admiración puede hermanarse con la amistad.

En el verano de 1948, Caro Baroja y yo coincidimos en un curso universitario: él contaba con mi silenciosa admiración porque en Salamanca —de donde yo procedía— le habían publicado los *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina* y en mis inicios de dialectólogo había usado *La vida rural en Vera de Bidasoa*. Aquel hombre fue mi amigo desde el primer día: tanta gente importante, tanto ademán político, tanta vocinglería vacua. Caro Baroja y yo teníamos las clases seguidas: nos esperábamos, hablábamos. Me asomé a la gran literatura: yo iba a ver a don Pío, y Julio me llevaba a casa de Azorín. Era un mundo deslumbrador, que no podía adivinar desde mis estudios en universidades de provincia. Después, muchos años de solícita amistad, en días felices y en días amargos. En Granada o en Vera o en Churriana. (Aquella monja que se nos encaró porque queríamos congraciarnos con su compañía: «Soy riojana.» «¿De la de Logroño o de la alavesa?» «Pero qué incultos son ustedes, qué tontería es esa de que en Alava haya Rioja.» Se reviró la visita y salimos humillados. Julio ha contado la anécdota. Quiero creer

que con fidelidad, pero, entonces, ¡qué pedante era yo a los veinticinco años!) Y, sin embargo, aquella visita a Granada fue para mí un manadero de emociones: Julio vino acompañado de doña Carmen. Yo les enseñaba lo que buenamente sabía, veíamos monumentos, cacharros, telares, taraceas. En una chamarilería de la calle de Elvira doña Carmen compró tarros de Fajalauza y me regaló una vasija. Después me mandó los trabajos que había publicado en el Museo del Pueblo Español. El museo que Julio dirigió hasta que se cansó o lo aburrieron. Allí lo iba a ver cuando venía a Madrid. Pero cierro este paréntesis y vuelvo a nuestro curso de 1948.

Aquellas clases que nos acercaron me hicieron conocer algo que ya es motivo de este acto. Porque intentamos traer a nuestra casa a quienes por su saber nos pueden enseñar, a quienes por su laboriosidad nos pueden ayudar, a quienes por su conducta nos pueden prestigiar. Y esta triple consideración la ilustra Caro Baroja con sobradas creces, aunque en 1948 yo supiera muy poco de la Academia y, ni por ensueño, hubiera pensado en estar hoy junto a mi amigo. Pretender enumerar los saberes de Caro Baroja es quehacer inútil por su amplitud y redundante por consabido. Y es que nuestro nuevo compañero tiene infinita curiosidad por todas las cosas: le llaman antropólogo, y lo es en grado eximio, es un sociólogo muy personal, porque rebasa los límites de cualquier clasificación, es etnólogo y etnógrafo, historiador de las ideas y de las conductas humanas, investigador de la literatura y lingüista de campos variados. ¡Qué duda cabe que tanto y tanto dominio va a beneficiar a la Academia en todas sus tareas! Diré más, la beneficiará porque ese conjunto

de ciencias en él se aúna en una visión integradora y no fragmentaria. El error en que tantas veces cae la ciencia moderna Caro Baroja lo supera gracias a su enorme capacidad de síntesis.

Porque este nuestro nuevo compañero es en muchas cosas dieciochesco. Al menos a mí me hace pensar, a veces, en Condillac, pues al emitir las síntesis a que acabo de referirme no establece definiciones que luego se aplican con mejor o peor fortuna, sino que el conocimiento de mil hechos menudos le hace llegar al mundo de las ideas. Si la carta al conde de Potocki me ha traído al recuerdo el enciclopedismo de Caro Baroja, no sonará mal bajo este techo recordar que tales fueron también los caminos que a todos nos enseñó don Ramón Menéndez Pidal. Por eso los libros del colega que hoy llega son tan difíciles de entrar en las clasificaciones al uso: *Los moriscos del Reino de Granada* o *Los judíos*, ¿son historia, vida social, etnografía, psicología? Y no porque las clasificaciones sean tan difíciles como él mismo nos ha dicho, ni porque sus obras corran el riesgo de perderse en el reino de la Nada, sino porque la sabiduría de nuestro autor ha hecho que sus obras sean eso y otras muchas cosas, pues no podemos olvidar que Caro Baroja pertenece a una familia insigne en nuestra historia literaria y en nuestra historia artística. Y él ha recibido la herencia para acrecentarla y enriquecerla, ¿cómo si no explicar que de sus obras monumentales se desprendan motivos que nos llevan a campos muy diversos de las cuadrículas del manual? Caro Baroja posee un caudal artístico verdaderamente singular: ahí están sus *Cuadernos de Campo* o la fantasía desatada de sus cuadros. Unos y otra, resultado de la ob-



servación más aguda para captar la realidad o para analizar su propio espíritu. Y esto, que en cualquiera serían quehaceres marginales, en él son canales que alimentan su quehacer de historiador. Porque, un día, las fuentes literarias son la documentación de lo que de otro modo ignoraríamos. Y no pretendo tergiversar motivos o entremezclar las cosas: la literatura puede ser vida, más aún la vida recóndita que otros documentos no dicen. De ella Caro Baroja extrae enseñanzas, como de esos viejos cuadros, que tanto quiere, en los que la realidad no son las figuras patéticas o la solemnidad del gesto, sino el paisaje que descubrimos en el parteluz de una ventana o en el hombre que, herramientas al hombro, vuelve despaciosamente al fuego de su casa. (Sus libros se llamarán *La ciudad y el campo*, *Ensayos sobre la cultura popular española*, *Ritos y mitos equívocos*.) Para mí es fundamental este amor por los datos ocultos que proyectan una suave luz desde sus fondos, porque en ellos hay una verdad desnuda, sin las falacias de la justificación. Pero el hallazgo muchas veces escapa a la propia y ocasional contingencia, entonces Caro Baroja escribe tratados menores, pero de singular valor y no escasos encantos. Pienso en *El señor inquisidor y otras vidas por oficio*, en *Las brujas y su mundo*, en *El Carnaval*, libros en los que la recreación adquiere valores literarios que los creadores han sabido valorar: repasemos si no algunas de las más acuciosas páginas de las que Azorín escribió en *Una hora de España*, revividas bien poco hace por un novelista muy significativo de nuestro momento. Y esto nos sitúa ante ese rasgo de la personalidad de Caro Baroja: ser prudente no es ser tímido, por más que la apariencia engañe. He citado libros suyos de gentes nuestras que vivieron margina-

das y el autor se comprometió con la verdad, que acaso no era ni la de unos ni la de otros. Y esto nos llevaría a la conducta ética que la sociedad nos exige, pero a ello volveré; ahora no quiero quebrar el hilo que he impuesto a mi razonamiento.

De lo que acabo de decir se desprende algo archisabido, pero imprescindible de contar en este momento: la agudeza y la finura para percibir los hechos precisos, ¡valiosas condiciones si lo que se pretende es analizar motivos lingüísticos! Así, la gran tarea de nuestro diccionario se enriquecerá con la sagacidad de quien sabe descubrir los matices recoletos o de quien acierta con los manaderos ocultos, más aún si posee instrumentos suficientes para hacer la comparación. Permítanme ustedes que lea unas bellas líneas que ilustran mi propósito: «Las onomatopeyas vascas, los vocablos que reflejan ciertas acciones, caracteres y rasgos nos parecen más expresivos que los castellanos. De hecho lo son. Para indicar la manera de andar de una vieja ligera es mucho mejor decir que va *zipoca-zipoca* que cualquier otra cosa. Si se quiere dar una matiz a la noción de corcovada es bueno utilizar el vocablo vasco: *curcushada*. Si hay que hablar de una ropa vieja o un residuo con caracteres peculiares, la palabra *zerrenda* es magnífica. Y resulta también más exacto e íntimo decir *nere biotza* que *corazón mío*. El vascuence aleja de la cursilería y de la altisonancia que pueden tener idiomas literarios más brillantes.»

Caro Baroja nos puede enseñar en todo aquello que ha practicado y sabe. Pero —además— por su laboriosidad nos puede ayudar. Lo he dicho e insisto. Los trabajos de nuestro compañero abarcan mil campos y no con ocupaciones ocasionales. Los caminos de su

vida son muchos y los árboles que ha visto muy variados. El ojo atento no se conforma con la mancha que acaba por decir muy poco, sino que se prende de esas cortezas que dan diversas tonalidades al bosque: los pueblos de España, nuestra historia antigua, las «poblaciones» de don Pablo de Olavide, las cuatro estaciones en Navarra o el larguísimo peregrinar por tierras andaluzas. No es uno sólo el árbol descubierto, porque entonces hoy no estaríamos aquí, ni se trata de un hombre que rehuya su compromiso. Porque el saber es admirable, y la laboriosidad, edificante. No seré yo quien silencie sus valores, pero prefiero otras cosas sin las cuales de poco sirven la ciencia y el trabajo. Descartes, en una carta del 18 de mayo de 1645, dijo sencillamente esto: «No soy de esos filósofos crueles que quieren que su sabiduría sea insensible.» Buen lema para cobijar deseos. Si las virtudes objetivas viven sólo en su propia objetividad, tal vez no sirvan de mucho. Porque escribir un diccionario o un tratado gramatical no es sólo un quehacer desamorado, sino un compromiso consigo mismo y con los demás; ni vivir es contemplar el mundo desde el fanal de Merlín. Entonces, cuando ciencia y vida se comprometen con la Verdad, surge ese hombre para quien se crearon palabras como libertad e independencia. Esta inmensa obra que hoy nos abrumba puede existir porque su creador amó la verdad, que, en el mundo de las contingencias, no es más que la fidelidad a sí mismo, porque una cosa es buscar la verdad y otra poder decir que se la posee. Acaso ni esto sea necesario, pues en el interior de nosotros mismos, y son palabras de San Agustín, es donde se encuentra la verdad, y, tras seguirla años y años, volvemos a descubrirla en nuestro propio espíritu. Romain Rolland grabó una

fórmula que no por sutil deja de ser válida: «La verdad es buscar siempre la verdad.» Este sería para mí el relato científico y humano de nuestro nuevo compañero, con el que se libra de esos enemigos peores que la mentira a los que solemnemente llamamos las propias convicciones. Este talante es el que le llevó al estudio de temas marginales (*Algunos mitos españoles*), de pueblos minoritarios (*Los vascos*) o de gentes nómadas, cuya vida es el desarrollo de una forma de tradicionalismo (*Estudios saharianos*).

Julio Caro Baroja, como hombre de ciencia, ha roto con prejuicios y condicionantes. Como hombre, ha aceptado la incomodidad, venga de tirios o de troyanos. Pero la verdad sólo está en la libertad que día a día se consigue, si no se escucha el dulce canto de las sirenas. Hay palabras que el uso desgasta y que necesitan de continuo troquel: no basta hablar, sino que es preciso éticamente comprometerse y es lo que contemplamos en estas obras y en esta conducta. Al escribir un libro respondemos del libro, no somos ajenos a él, como no basta con vivir libres si no justificamos esa libertad. Cuando ha habido que condenar la vesania, Caro Baroja ha explicado el porqué de su condena, igual que si estuviera defendiendo una tesis científica, porque la condena en aquel momento era la justificación de su existir y lo sabemos desde que lo dijo Baruch Spinoza: «la sabiduría es la meditación sobre la vida». Intensifico: «sobre la propia vida»; pues también para justificarse ante los demás es necesario pertenecerse a sí mismo y no a los compromisos ajenos. Por eso nuestro nuevo colega ha practicado el principio socrático de conocerse para que los demás lo conociéramos. Aduzco un hermoso libro,

*Los Baroja*. El subtítulo reza *Memorias familiares*, pero esto que es una verdad absoluta nos mete de rondón en la teoría de las relatividades; y el autor lo sabe. Cuando dice que esas páginas «interesarán, tal vez, en el futuro, a un número pequeño de españoles que recuerden con simpatía ciertos ambientes y figuras de la primera mitad del siglo xx. Ello me bastaba», está emitiendo una valoración que no pretendía interesar a los pontífices del aula, ni a los grandes ensayistas, ni a los políticos, ni a los hispanistas extranjeros, se está delatando: enumera un linaje de gentes que poco cuentan en su afecto, ¿y quiénes no son nada de eso, o que siendo eso no pontifican, ni aspiran al lucimiento ni al trabajo cómodamente hecho a costa del prójimo? Caro Baroja se nos entrega en la sinceridad de sus palabras; es el hombre sencillo y solitario que se acomoda con unas gentes y se desinteresa de otras. Alguna vez yo iba a su casa de la calle de Alarcón, tan próxima a esta Academia: «Vamos pronto para estar a solas con el tío.» Don Pío me preguntaba cosas que él ya no alcanzaba, contaba viejas historias, y yo escuchaba. Venían gentes, amigos fieles y curiosos impertinentes. Entonces Julio me decía: «Vamos a hablar a mi cuarto.» Es lo que acaba de hacer con su gran libro: escrito para unos pocos, desdeñoso para los muchos. Pero no es soberbia, sino recato de su intimidad. Acaso timidez para no tener que luchar por el derecho a la propia soledad. Caro Baroja no buscaba ninguna inmortalidad con su obra («mis pretensiones no eran literarias. No aspiraba a que nadie me juzgara, y me juzgara bien, por mi estilo, por mi manera de escribir el castellano») y, sin embargo, aquí lo estamos juzgando por su estilo y por su castellano, pues la fidelidad consigo mismo también

tiene sus valores. Los ingleses, tan sutiles en el arte de observar a las gentes por dentro, dicen que «a algunos hombres su biografía los inmortaliza, mientras que a otros los inmoraliza». Es la cuestión: se podrá desdeñar cuanto se crea, pero habrá que salvar siempre el fondo ético que yace bajo las apariencias. Es lo que Caro Baroja ha hecho para transmitirnos ese mundo al que amó y que considera definitivamente perdido. Evoca un tiempo que cree más feliz que éste, y no trata de engañarse ni de engañarnos. Sus palabras son de justificación, no de recriminación. Escribió su libro para desahogo y para contar lo que sabe, pero vino a resultar que esa minúscula parcela que acotó se convirtió en un mundo complicadísimo y trascendido: no bastaban las memorias familiares, porque cada miembro de la familia rebosaba de su contingencia, y las gentes se enraciman por doquier; del mismo modo que la familia era aplastada por mil motivos ajenos a ella y que nunca hubiera deseado que existieran. De esta manera resulta que la autobiografía es una parcela de la historia universal, pues, si en una rosa se encarnan todas las rosas posibles, un hombre es la imagen de todos los hombres. Sin querer llegamos a esa fascinación que nuestro compañero siente por el hombre, no por la cominería del hombre, sino por la humanidad que representa. Vuelven a unirse el antropólogo, el etnólogo, el sociólogo, el historiador, el narrador: no se busca el relumbrar de las grandes figuras, sino esas gentes de las que nadie se ocupa y que vienen a ser el arca donde se atesoran los saberes colectivos. En sus ensayos y en sus estudios Caro Baroja hace otras biografías, algo así como las vidas paralelas de las que escribió don Pío. El novelista nos dejó una impresionante galería

de personajes del siglo XIX; el etnólogo nos lega otra galería no menos impresionante de hombres de su tiempo, que no son otra cosa que nombres sin nombre, sombras modestas que han sido convertidas en memoria colectiva. Es el sentido tradicional que Caro Baroja descubre a veces y que está ahí, en la voz ensordinada del teatro, del labrador, del ama, de la vieja, pues en los atardeceres de Vera le van desgranando saberes y creencias o arraigos y temores. La personalidad del hombre se perfila, y, a partir de 1923, empieza a manifestar antipatías y curiosidades que ya nunca le abandonarán: «Tendencia artística, tendencia literaria, tendencia informativa. La mecánica moderna que empezaba a producir verdadera obsesión entre grandes y chicos, me repugnaba y, en cambio, me gustaban las historias raras, los carros de vacas, los yugos, los arados y los artefactos agrícolas.» Y Caro Baroja acabó un poco al margen de todo y evocaba la serenidad que acaba en la muerte, de la que no se habla.

Esto nos sitúa ante esa tercera perspectiva que quería tomar en consideración: traemos a casa a quienes por su conducta nos pueden prestigiar. Acabo de decirlo, no puedo separar la obra creada del hombre que la escribe, porque ambas no son otra cosa que una indestructible unidad. Ahorro palabras: la Academia da honra, porque, al nacer, la honró Felipe V, pero poco duraría ese honor si no tratáramos de conservarlo con nuestra laboriosidad y con nuestra dedicación. Por eso el quehacer de todos ha de servir de estímulo a los demás y a los que llamamos a esta Casa: no venir a holgar, sino a trabajar. A esa llamada generosa puede responder la biografía de cada

uno, hijo de sus obras y del «deleite del oficio». Acaso baste con esto, porque pretender escribir la biografía de Julio Caro Baroja es un sinsentido en este lugar y a estas alturas de la vida: su biografía son sus libros y su conducta. Me ahorro más largas explicaciones porque ya no es el sabio o el escritor lo que en Caro Baroja contemplamos. Se trata de un hombre que es un pedazo de nuestra propia historia; acaso él prefiera que yo no escriba esto, pero de otro modo no sabría explicarme: honores tras honores le van abrumando y sus ojos miran en torno sin encontrar sentido (y los demás sabemos la causa), suenan las horas de los ditirambos y sus labios inician una sonrisa que se queda en mueca; cuando le hablé de este elogio me dijo simplemente: «Voy a tacharte los dicterios.» Pero aquí está por méritos propios, honrado porque también nos honrará; dispuesto al trabajo, porque su vida ha sido un laborar sin descanso; fiel al compromiso que ahora contrae, porque es un hombre de verdades.

Acaso no sea necesario decir más, pero la costumbre me obliga a comentar el discurso que acabamos de oírle. Algo de lo que aquí hemos escuchado nos ha llevado a una flor de madurez a la que llamamos humor. Caro Baroja sitúa las cosas en el mundo de los valores absolutos, porque el mundo es viejo y los autores demasiados. Pretender que todo tenga un significado inequívoco sería tanto como intentar vivir en el alba de la creación, imposible pretensión. Nuestro autor ha tenido que fatigarse demasiado contemplando lo que los demás han dicho y piensa que el tiempo se le ha ido porque nunca ha «tenido prisa para llegar a ningún sitio», que es una hermosa manera de decir que ha querido ir a todos. Y, si nos dice



que «hay infancias e infancias y maduresces y maduresces», es porque nos ofrece —siento discrepar— el serondo fruto al que no apremia la urgencia. Por eso este hombre se contempla en su quehacer científico y no se cree dueño de mágicos talismanes: le basta con las historias ajenas y el criterio propio; lo demás es cuestión de tiempo o, como diría el filósofo del tugurio, paciencia y barajar. Que no es otro el ejercicio de aquellos sabios que trataron de clasificar una cucurbitácea, buen modelo de posibles ordenamientos, para escapar, mediante el humor, de caer en solemnes tentaciones, que no son otra cosa que la fuga del sentido real. Porque cuando se tiene, como Caro Baroja, sentido ético de las cosas, los juegos del espíritu sirven para acreditar la seriedad de la conducta, tan otra de aquellos «investigadores que confunden la medida con lo que miden». Nace la relatividad del saber y la incertidumbre en la propia seguridad, caminos seguros para que el progreso humano no se estanque. Ahora bien, todo esto —tan lejano del dogmatismo— denuncia un talante liberal o, si se quiere, la vuelta a la libertad de pensar, porque no en vano Caro Baroja ha tomado al hombre como objeto de su discurso empezando por el hombre que uno mismo es. De ahí la limitación de nuestros conocimientos cuando buscan la insignificancia de los hombres y no la plenitud del hombre. En este sentido, nuestro nuevo compañero se manifiesta plenamente kantiano, no sólo por el discurrir, sino por el amor al detalle; es en él, en el dato preciso y concreto donde Julio Caro Baroja se encuentra a gusto. Después viene el pensar sobre los hechos menudos que le llevan a la especulación generalizadora, pero partiendo de ese *dentro* que es la autobiografía o la biografía ajena a la que se intenta entender desde la

propia condición humana de cada cual. Caro Baroja nos lleva de la mano a esas conciencias individuales que gusta de estudiar porque son relativas y no categóricas, o plurales y no monolíticas, como él mismo, como su amigo don Esteban de Garibay, como esas *Vidas poco paralelas* que ha gustado estudiar. Resulta curioso ver cómo estos tratados psicológicos se convierten en materia sociológica y aún se entreveran y mezclan con las truculencias de los pliegos de cordel, cuyo sentido actualizó y hasta puso de moda un libro memorable (*Ensayo sobre la literatura de cordel*). Por mi cuenta pienso en cuánto los relatos fantásticos sirvieron para idealizar la vida cotidiana o para convertir en literatura los quehaceres de cada cual, digamos el ejemplo de los libros de caballerías sobre los conquistadores, la conversión de la literatura en realidad vivida, como bien señaló Irving A. Leonard, o, en otros aspectos, aquella literaturización de cada peripecia humana, según Leo Spitzer estudió en la creación de Lope de Vega.

Decía antes que Caro Baroja ha escrito su propia biografía y la memoria de los suyos. Relacionemos esto con lo que acabamos de escucharle. Son dos mundos distintos. Cuando habla de sí mismo intenta objetivarse para verse sin pasión («comencé a escribir estas cuartillas en un estado de ánimo un poco extraño..., viendo el mundo como desde la sepultura, considerándome yo mismo como un muerto»), cuando recrea sus personajes trata de meterse en el alma de cada uno de ellos para entender por qué actuaron de una forma y no de otra o por qué creyeron como creyeron. Es necesario que así sea para no caer en la egolatría y para comprender al prójimo. En definitiva

no son cosas que estén muy separadas, pues de lo que se trata es de entender. Y uno no se entiende si empieza por creer que es el centro del mundo, ni entiende cuando ve a los demás distanciados, como Júpiter a las criaturas. Lo necesario es contar la verdad desde el ángulo que sea y el creador necesita desdoblarse para ser el otro de sí mismo y el yo de los demás, única manera de no justificar las propias falacias o de entender un prójimo que sigue lejano. De este modo se podrá alcanzar el ideal poco asequible de la objetividad que no es otra cosa que considerar el mundo con su forma y no con la que nosotros queremos darle o vernos bajo la mirada inquisidora con que los demás aciertan a contemplarnos. Pero entonces resulta nítido cuanto queremos decir, cuanto Julio Caro pretende hacer con su autobiografía o con las biografías ajenas: aplicar esas ciencias que posee para que nada sea un áspero *yo* ni un sumiso *ellos*. Ecuanimidad que es una forma de entendimiento. El saber se nos ha articulado en una teoría de saberes. Biología, sociología, historia, antropología y, sí, literatura. Están claros los propósitos de Caro Baroja y nosotros los entendemos bien gracias al conocimiento de una obra inmensa, por su calidad, por su cantidad, por su variedad. Como en un claro espejo se nos han proyectado inquietudes y certezas, porque el sustento de toda esta obra no estaba en la columna elemental de Brancusi, sino en los sólidos pilares que sustentan el peso de un enorme edificio, imposible el entendimiento si no se multiplican los entendimientos. Pluralidad del saber en busca de una difícil unidad.

Llego a mi final. Nos queda esta pasión intelectual de Caro Baroja que le lleva a esas mil tierras de la-

brantío donde siembra su curiosidad. En otro tiempo hubiéramos hablado de humanismo, en otros de enciclopedia, hoy —acaso— de sorpresa desacostumbrada. He querido decir lo que yo veo en algunas parcelas del quehacer intelectual de Caro Baroja, las que aquí nos interesan más porque en ellas esperamos frutos sazonados en el quehacer casi sin fronteras que es nuestra lengua, y todo lo que con la lengua se relaciona.

Estoy seguro que mi discurso pudiera haber sido otro y, por supuesto, mejor. Pero al llevar la voz de la Academia he seleccionado mucho para no abrumar y para no perderme en las galerías del Laberinto. La discreción de todos comprenderá los límites impuestos y yo sentiré la singular alegría de ser portavoz de los deseos de mis compañeros.

Al darte la bienvenida, mi querido Julio Caro Baroja, te transmito el gozo que todos sentimos al tenerte entre nosotros.



EL DIA 30 DE MAYO DE 1986,  
FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO,  
SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO,  
EN LOS TALLERES DE TORDESILLAS, O. G.,  
SIERRA DE MONCHIQUE, 25,  
28018-MADRID

The first part of the document is devoted to a general introduction of the subject. It discusses the importance of the study and the objectives of the research. The second part of the document is devoted to a detailed description of the methodology used in the study. It includes a description of the data sources, the sampling method, and the statistical methods used for data analysis. The third part of the document is devoted to the results of the study. It presents the findings of the research and discusses their implications. The fourth part of the document is devoted to a conclusion and a discussion of the study's limitations and future research directions.

The first part of the document is devoted to a general introduction of the subject. It discusses the importance of the study and the objectives of the research. The second part of the document is devoted to a detailed description of the methodology used in the study. It includes a description of the data sources, the sampling method, and the statistical methods used for data analysis. The third part of the document is devoted to the results of the study. It presents the findings of the research and discusses their implications. The fourth part of the document is devoted to a conclusion and a discussion of the study's limitations and future research directions.